

JORGE ALACID
Logroño en sus bares

Prólogo de IGNACIO PEYRÓ
Fotografías de ALFREDO IGLESIAS

ÍNDICE

Prólogo. Ignacio Peyró
UN GOLPE DE GINEBRA FOCKINK, 9

INTRODUCCIÓN, 15

LOS BARES MELANCÓLICOS

LOS CONTERTULIOS, 19
EL LADO BUENO DEL ITURZA, 23
EL BAR AL QUE HAY QUE IR, 26
VIVA LA GALLEGA, 29
UNA LÁGRIMA POR EL MALTÉS, 32
REGRESO A LA CALLE OLLERÍAS, 34
DOBLÓN DOBLÓN, 37
LOS LEONES, UN BAR DE CINE, 40
EL BAR DE LA HÍPICA, 48
RÉQUIEM POR LAS ESCALERILLAS, 51
LA ZONA ÚNICA, 54
SE LLAMABA TIFUS, 57
AÑORANDO LAS CAÑAS, 60
CONTINENTAL, BAR DE CUATRO HOJAS, 63

LOS TRES MARQUESES, 65
LOGROÑO CONFIDENCIAL, 67
TÍVOLI (HAY OTROS BARES, PERO ESTÁN EN ESTE), 70
CARRUSEL DEL NEGRESCO, 72
CHOCOLATERÍA MORENO, 74

TRAGOS Y BOCADOS

NUESTRO AMIGO EL BOCATA, 79
LAS MEJORES BRAVAS, 82
PICAN, PICAN, 84
HABÍA CALDO, 87
LOS SORIANOS DEL SORIANO, 90
ANCAS DE RANA, 93
SALVEMOS LAS BODEGUILLAS, 95
LA SONRISA DE MANOLO ITURBE, 98
EL PRIMER BAR DE TAPAS, 101
JAMÓN, JAMÓN, 103
DOS PAREDES, 105

CONFIESO QUE HE BEBIDO

BLANCO Y NEGRO, CLÁSICO ENTRE LOS CLÁSICOS, 109
BAR ACHURI, PATRIARCA DE LAUREL, 113
EL PENTAGRAMA DE NUESTROS TRAGOS, 116
BARES DE SAN AGUSTÍN, 119
VISITE NUESTRO VAR, 123
GIL DE GÁRATE, BARES PARA TODOS, 127
LA EUROPA DE LOS CAFÉS, 130
SATURNINO ULARGUI, PEQUEÑA CALLE, GRANDES BARES, 133
AVENIDA DE PORTUGAL, BARES DE HOY Y DE SIEMPRE, 136
CLARETE, POR FAVOR, 140

LLANTO POR EL ELIXIR MATEO, 144
EL VOLANTE DEL VILLA RICA, 146
QUÉ HAY DE NUEVO, IBIZA, 149
LOS BARES DEL LOGROÑÉS, 151
TU PROPIA CALLE LAUREL, 154
TIEMPO DE TERRAZAS, 156
EL SUPERONIDO DE LOS BARES DE LOS SETENTA, 158
TRAGOS Y NAIPES, 160
SI NO ME VES SONREÍR, 163
JORGE VIGÓN, LA TERCERA VÍA, 165
BARES DE HOTEL, 167
MEDIO CUBATA, EL REGRESO, 169

NUESTRO HOMBRE EN LA BARRA

LA REINA DE LA COCTELERA, 175
LA DAMA DEL ADARRAGA, 178
MERE, CAMARERO DE CAMAREROS, 180
DEMETRIO, PATRÓN DEL DECANO, 184
ABEL, MESONERO OFICIAL DE LOGROÑO, 188
GARCÍA, LA SAN JUAN DE SIEMPRE, 192
UNA SAGA DE CAMAREROS LOGROÑESES, 195
JUAN, EL HEREDERO DEL SEBAS, 199
MANOLO, EL DEL SOLDADO, 202
COLO CORTÉS, CENTINELA, 205
MÍCHEL, EL DEL CALDERAS, 207

CATÁLOGO DE RAROS

EL BAR MÁS BARATO, 211
POLÍTICA DE BAR, 214
EL HOMBRE DE LOS POSAVASOS, 218

LOS BARES MALDITOS,	221
HUELGA DE CHIQUITEADORES,	224
LOS BARES SORIANOS,	227
BARES CON DOS PUERTAS,	230
ENCIERRO DE CAMAREROS,	233
LOS BARES SIN NOMBRE,	238
BARES DE BARRIO,	241
INCONDICIONALES DE LAUREL,	244
BARES COLOR CAQUI,	247
LOS BARES RAROS,	250
TEJERO EN EL BAMBI,	252
YO, CAMARERO,	255
BARES DEL FIN DEL MUNDO,	258
EL BAR DE HOPPER,	261
EL MEJOR BAR DEL MUNDO,	263

EPÍLOGO,	267
----------	-----

Prólogo

UN GOLPE DE GINEBRA FOCKINK

NO CABE DUDA DE que una ciudad necesita, qué sé yo, un sistema de alcantarillado competente y una estación de autobuses digna, pero uno de los mayores lujos a los que puede aspirar una ciudad es a tener a alguien que la cuente. Me consta que Jorge Alacid lleva mucho tiempo en la tarea, pero qué bendita, qué maravillosa idea la de agavillar todos estos artículos a modo de repertorio sentimental, crónica enamorada, mirada afectiva y cartografía de la memoria. No me cabe duda de que a los logroñeses, el libro de Alacid les abrirá las carnes del recuerdo, para llevarles por el callejero de fantasía de la ciudad que fue, pero qué daño nos hace a quienes no somos de Logroño. Porque a quienes no somos de Logroño ya nadie nos quita la pena de no haber conocido el bar aquel de los *grises* o la discoteca Dandy de Pradejón en sus años de trueno; de no haber invitado a una ronda en la Policlínica Clavijo o haber tomado partido en la rivalidad setentera entre cafeterías de tronío como Lucan's o Llacolén. Quién sabe: igual en otra vida fuimos aquel que iba a comprar de matute una botella de *brandy* a la licorería de Ursicino Espinosa.

Este libro rezuma más vino que un poema de Claudio Rodríguez. Quizá no pueda ser de otra manera: quienes hemos visto, fascinados, esa democracia radical del hedonismo que es la calle

Laurel, descubrimos que entre Logroño y los bares —y el vino bueno y el taperío fino— no es que haya una relación de contigüidad: lo suyo es un solapamiento. Y, como vemos aquí, desprevenidos forasteros, Laurel es solo parte de la fiesta. Con esa rara ciencia que da el amor, Alacid cita nombres de bares y tabernas y no para, como el «Catálogo de las naves» de Homero o el Galdós que se emboba hablando de las mercerías de Madrid: Virunca, Danubio, Ubago, A Tutiplén, La Antigua, Atlantis, Manhattan, Olimpo, Venus, Nobu, Dalma, Bécquer, Caracol... Pero, como buen científico, su ánimo es taxonómico, y hay no poco de esa bonhomía y ese humor propio del hombre que come y bebe cuando nos lleva por sus clasificaciones, de «los bares raros» a esos bares en los que siempre hay sitio abajo. En todo caso, este libro no solo guarda literatura y celebración: en «Los bares sorianos» se levanta testimonio de una de tantas insospechadas lecturas geográficas de España, del mismo modo que, a estas alturas, hablar de los bares de los frontones o de los bares «color caqui» que frecuentaban los muchachos de la mili es algo entre la historia y la antropología.

Alacid acierta al saber que una ciudad se concentra en sus lugares capaces de generar apego, aunque al final ese amor tengamos que pagarlo como nostalgia: sea porque ya no hay claretos como los de antes, porque se ha perdido destreza con el porrón, porque estamos lejos de la inocencia del país de las medias consumiciones o, simplemente, porque ya no tenemos edad para «un golpe de ginebra Fockink». El joven Eça de Queirós escribe que una crónica es «una conversación íntima que cuenta mil cosas, sin sistema [...] Mira para todo, a veces con melancolía como hace la luna, otras veces de forma alegre y robusta como hace el sol». A veces más melancólico y otras más solar, este es un libro en todo caso menos de nostalgias que de celebraciones, más de cuadrillas que de solitarios, más de El Soldado que del Bogart. Por supuesto, igual que el Wodehouse que lamenta que las nuevas generaciones

A mis padres

A FINALES DEL AÑO 2012, paseando una mañana por el centro de Logroño, reparé en un letrero mil veces visto, convertido por lo tanto en invisible por la frecuencia con que salía a mi paso. Era el rótulo del difunto bar Pachuca. Me detuve en la esquina entre Hermanos Moroy y Marqués de Vallejo y divisé como si fuera la primera vez el hermoso mosaico con aquellas siete letras empotradas, mientras se ponía a funcionar la moviola: volvía a ser un niño cuya altura apenas llegaba a la barra, envidiando la soltura con que la clientela adulta (mis padres entre ella) deambulaba por aquel minúsculo espacio, desaparecido como desapareció la clase de ciudad que cobijaba. Era el Logroño de finales de los sesenta. De entonces data mi memoria en materia de bares, que es tanto como concluir que por entonces están fechados mis primeros recuerdos. Porque ese palpito que sentí ante aquel letrero hoy también desaparecido (Pa-chu-ca, silabeé) era en realidad la plasmación de una intuición sobrecogedora. Acababa de reparar en que buena parte de los mejores momentos de mi vida, los más memorables, habían transcurrido en Logroño en sus bares.

Así que titulé con esa ocurrencia un blog, alojado hasta mediados del 2020 en la web de *Diario La Rioja*, e inauguré una caminata sentimental que fue siempre un itinerario compartido. Una experiencia muy gozosa. Porque disfruté escribiendo, pero también lo pasé estupendamente mientras recopilaba ideas para cada entrada semanal o recogía las propuestas que me hacían llegar amigos y conocidos, incluyendo nuestros adorados caballeros

y maravillosas damas situados al otro lado de la barra, de quienes me confieso devoto (con alguna excepción, que no citaré). Aunque los instantes más gratificantes llegaban cuando publicaba esas líneas, casi siempre al filo del fin de semana, y notaba los comentarios jubilosos (también críticos, todos se agradecen) que me llegaban desde el otro lado del éter. Eran comentarios que luego me participaban por la calle (en los bares, sobre todo, por supuesto) gentes semidesconocidas que se animaban a compartir sus propios relatos, las aventuras que todo logroñés del ala sénior (es mi caso) habrá protagonizado en las barras castizas y conspicuas.

Con ese material edificué este sueño que hoy tiene el lector en sus manos. Es un viaje alrededor del centro de Logroño, de su alma. Es un itinerario personal y por lo tanto se toma la libertad de ser arbitrario. Me decanté en la selección de artículos que recopila este volumen por una agrupación que subrayase el tono epicúreo que a mi humilde juicio debe distinguir nuestras andanzas por los bares de confianza. Quise homenajear a los camareros fetén, a los bares difuntos (mis favoritos) y a todos esos inolvidables tragos y bocados de siempre. Me permití agrupar bajo una nomenclatura robada de un apéndice de la Biblioteca Nacional (Catálogo de raros) los artículos de raíz más indefinible. Y concluí, repasando mil veces la selección de piezas que ocupa estas páginas, que, aunque no estén todos los bares que sí son, sí son todos los bares que están. Son para mi corazón tan logroñés los más importantes. Porque ya son memoria fermentada y son memoria compartida.

Logroño, verano del 2020

LOS BARES MELANCÓLICOS

LOS CONTERTULIOS

EN AQUEL TIEMPO ANCESTRAL los niños observábamos a nuestros padres a una distancia prudente, siguiendo el viejo mandato: no molestar. No importunar a los mayores, a quienes uno se acostumbró a ver de lejos en aquella cafetería, La Granja, que durante años ejerció como una prolongación del hogar familiar. Te sentaban en el sofacito bajo la escalera, te obsequiaban como mucho con un vaso de agua de la canilla y ejercías de actor sin frase en la película que solo protagonizaban ellos, los adultos. Ellos y nosotros éramos planetas aislados cuyas órbitas solo de vez en cuando se rozaban entre sí. Los mayores también formaban su propia órbita, la construida en torno a la tertulia orquestada con sus afines, planetas de sí mismos: de la tertulia vecina podía desprenderse cierta mañana algún miembro que se encontraba de repente huérfano de compañía y buscaba algo de calor entre los semiextraños. Tertulias casi siempre multitudinarias: yo localizaba entre aquel barullo de ternos y corbatas, risotadas y chocar de cucharillas en las tacitas de café a mi padre como una sombra fugaz, subsumido entre la piña formada por el resto de contertulios y sentía una punzada de envidia. De mayor quería ser como ellos.

¿Y cómo eran ellos en aquella interminable tertulia que fue Logroño durante largos años? Lo antedicho. Señores pulcramente aseados y vestidos, la barba rasurada (salvo en el caso de aquel militar célebre o del médico apodado así, el Barbas), que procuraban

arreglar el mundo cada día para comprobar al filo de la medianoche que su propósito había sido en vano. También algún grupo de mujeres, damas de distinguida indumentaria compartiendo risas o atacando en solitario el cafelito. Pero sobre todo hombres. Hombres sentados en las mesitas del fondo, convertidas en paso de paloma según los dictados del camarero Santos y del jefe de todo aquello, Dámaso, vigía sutil desde la máquina de café. Más hombres con el pie en el estribo de la barra, el pañuelo asomando por el bolsillo de la americana, que se dejaban limpiar los zapatos mientras se pedían una de gambas, hábito al que mi padre fue sin embargo siempre refractario y esa herencia me dejó: no permitir que nadie te lustre jamás el calzado.

Aquella tertulia de La Granja fue perdiendo integrantes por razones de pura biología, que tiene cosas que la razón no entiende. Del primitivo grupo se quedaron solo unos pocos contertulios, embargados por esa clase de tristeza que se alcanza cuando sabes lo que antes ignorabas: que la vida es una enfermedad mortal. Únicamente quedaban ya junto a mi padre el relojero Barrios, Antonio (el del Ayuntamiento) y el legendario Julio, cuya estatura alcanzaba para mí la aureola de un Matías Prats (sénior), por la sencilla razón de que lo escuchaba de buena mañana hablando cada día desde el micrófono de Radio Rioja: como trabajaba en Obras Públicas, se encargaba del parte de carreteras. Yo los seguí viendo luego ya de adolescente tomando la misma distancia, la larga distancia. Me asombraba su tenacidad para sostener la costumbre de acodarse en aquella hermosa barra curvilínea manteniéndose fieles a unas pocas máximas, pero de imprescindible cumplimiento: por ejemplo, nunca quedaban con antelación. No existía la llamada cita previa, esa redundancia: cada cual se dejaba caer más o menos a la misma hora, de modo que todos ellos se agrupaban con la misma naturalidad y elegancia de los trozos de glaciar cuando se desprenden de la roca madre y vagan por la mar oceánica hasta dar con otro de los suyos.

EL LADO BUENO DEL ITURZA

YO EMPECÉ A FRECUENTAR el Iturza en los primeros ochenta. Fue cuando Laurel ya nos aburría y buscamos nuevas rutas. La calle Mayor se ofrecía como un destino idóneo para explorar todos aquellos bares que se escapaban de lo trillado. Por su cercanía y porque, compartiendo una fisonomía análoga, disponía de su propia personalidad. Una identidad parecida pero distinta. Así que salíamos del Moderno por la puerta de atrás e indagábamos qué nos ofrecía la Mayor en materia de barras. La del Iturza, por ejemplo, cuyo responsable despachaba la tapa más intrigante que jamás he conocido: un huevo duro. A palo seco, espolvoreada de sal. Todavía algún bar recalcitrante del viejo Logroño mantiene ese hábito, el bocado más austero que pueda imaginar su clientela. Que en el Iturza añadía una broma muy propia de aquel tiempo: el señor Villaluenga, jaleado a veces por sus parroquianos, rompía la cáscara con su frente y servía luego el huevo en un platillo. La broma alcanzaba momentos delirantes cuando alguno de sus clientes más guasones le allegaba sin que se diera cuenta un huevo, sí, pero fresco, cuya yema, una vez roto, caía por la frente y alcanzaba sus carrillos entre risotadas unánimes. Incluyendo al propio damnificado, que aceptaba ese trance con elogiado sentido del humor.

Había otros bares en aquella ronda, pero por alguna razón misteriosa, un intangible, el Iturza nos atraía con un nivel de magnetismo superior. Como algún otro, el Cuatro Calles por ejemplo, que disponía de mesitas para el tentempié de los sábados por la

noche: ah, sus ricas cazuelitas.... O el cercano Bretón (no confundir con el café de la calle homónima), cuyo dueño solía vestir con chaleco y corbata y su mujer, una perpetua permanente. La ronda era más breve que la que proponía Laurel, pero dotada de su particular encanto, porque la clientela de todos esos bares se nutría del ala sénior de los logroñeses adictos al chiquiteo, a quienes alguna gracia les hizo compartir durante aquel tiempo su pasatiempo favorito con las nuevas generaciones (con perdón). Y también a nosotros nos divertía, la verdad, confraternizar con quienes nos precedieron en las rondas eternas por el Logroño de siempre. Sobre todo, si transcurrían en el Iturza, donde por algún misterioso motivo la diversión estaba garantizada. Tenía un ambiente especial, ese aire como electrificado.

Un ambiente que su descendencia supo mantener. Hablo de ese intangible antedicho. Aunque con los años regresamos sobre nuestros pasos y mantuvimos la fidelidad a Laurel mientras explorábamos nuevas rutas hacia la San Juan (costumbre que aún se mantiene), procurábamos dar una vuelta de vez en cuando por la Mayor. La frecuencia de este hábito se fue distanciando, entre otras razones porque la propia calle protagonizó una transformación harto conocida: abrieron nuevos bares que colonizaron la oferta hostelera, pero en versión nocturna, una invitación al desparrame que me pilló ya mayor (o cansado) para atenderlos como merecían. Los antiguos bares, los del chiquiteo, murieron. Con una salvedad: el Iturza. Que resistió como pudo, bajo nueva dirección. Pero resistió. Con sobresaliente garbo. Esperó nuevos tiempos, observó cómo caían a su alrededor muchos de los bares nacidos al amor de las copas de madrugada, sobrevivió a todas las crisis... Con sus propios contratiempos, por supuesto, inherentes a un sector empresarial convulso como pocos y que depende además de un factor incontrolable: los gustos. Los gustos de su potencial clientela.

Porque el gusto humano es inclasificable. Así como puede más o menos trazarse con alguna seguridad el itinerario de éxito o

EL BAR AL QUE HAY QUE IR

ELENA Y ALFONSO APURAN estos días sus últimos años al frente del celeberrimo mesón de la calle Villegas. Es la hora del vermú. Ella hojea las páginas de *Diario La Rioja* durante los segundos que se concede de respiro. Entre cliente y cliente, con un ojo siempre en los pucheros de la cocina, repasa la actualidad del día. Mientras, él aprovecha para una breve ronda por los bares de alrededor, su particular manera de oxigenarse. La parroquia entra y sale del local, con una rara sensación apoderándose de los más incondicionales. Esa sensación conocida en otros momentos de la vida. La propia de cuando algo está a punto de decir adiós y uno no sabe si sentir lástima o agradecimiento. O las dos cosas. Cuando llega Alfonso y comparte estas cavilaciones, concluye rotundo: «A los clientes les da más pena que a mí».

—Hombre, a ti también te dará.

—Hombre, claro. Claro que me da algo de pena.

Porque luego de 18 años al frente de esta institución logroñesa, un bar como de otra época, de la época en que tabernas como la que pilota el matrimonio o eran tan extrañas de encontrar, Mesón Alfonso cierra. Cuando se anunció la noticia, hubo unos cuantos improbables lectores que me participaron de su desdicha, para la cual idearon la misma manera de combatir su tristeza: acudir raudos hasta la calle Villegas y darse un festín de morros. Que es la misma lógica que siguen quienes se disponen a despedir a su local favo-

TRAGOS Y BOCADOS

NUESTRO AMIGO EL BOCATA

NO RECUERDO LA PRIMERA vez que oí la palabra bocata, pero desde luego no olvido su impacto. Ya entonces me cautivó ese ingenio tan español para bautizar con semejante voz al entrañable bocadillo de toda la vida. Palabra (bocadillo) que, por el contrario, se bate desde entonces en retroceso. Carezco de pruebas, pero me malicio que eso de llamar bocata al bocadillo debió ocurrir en aquellos años en que teníamos en casa tocadiscos, aparato que empezó a denominarse tocata y justificó incluso llamar así a un difunto programa de televisión. Pero el cedé (y Spotify) mató al tocata, anacronismo que, por supuesto, nadie utiliza ya a estas alturas, pese al revival *vintage* del vinilo. Mayor fortuna alcanzó por el contrario su gemelo bocata, voz que incluso se aupó al Gotha al que aspira cualquier invento semejante: ser admitida por la RAE. «Forma coloquial para referirse al bocadillo», dictamina la docta casa.

La RAE aclara que el sufijo «-ata» proviene de la jerga... aunque no añada de cuál. Ya les ayudo yo a los académicos: de aquella horterada llamada años ochenta, que introdujo una avalancha de cambios en la cultura popular, muchos de cuyos hallazgos apenas sobreviven. Sí resiste el concepto bocata, cuya aparición entre nosotros algo tuvo de conmoción: nos obligó a ser modernos, hazaña para la que estábamos poco o nada preparados. Porque el primer bocadillo que conocimos en las escapadas lejos del hogar familiar tenía poco o nada de moderno: el bocadillo por excelencia de aquel Logroño era el tremendo bocado que despachaban en La Viga, una

INCONDICIONALES DE LAUREL

SUPONGO QUE POR PRIMAVERA en el Ayuntamiento logroñés empiezan a darle al caletre (también llamado magín o cacumen) para acertar con los destinatarios de las insignias que suelen imponerse por San Bernabé entre personas o instituciones que más se hayan comprometido en la defensa y el cariño hacia su ciudad. Viene esta digresión a cuento de que como aquí somos apóstoles del periodismo llamado de servicio, se le ha ocurrido al autor de estas líneas ayudar a sus munícipes y sugerirles que este año piensen para tal reconocimiento en aquellos paisanos que honran nuestra más acendrada tradición: irse de vinos. Irse de vinos cada día desde el comienzo de los tiempos. Son los que llamo incondicionales del Laurel, a quienes considero merecedores de ese detalle del Ayuntamiento y de cuantas otras distinciones ciudadanas se nos ocurran. Eximirles del IBI, por ejemplo.

Porque entre los distintos méritos que adornan sus trayectorias figura en puesto destacado haber contribuido con las generosas y cotidianas donaciones de sus billeteras a sufragar unas cuantas hipotecas a sus camareros de confianza, pagar los estudios de los chavales del dueño del bar de turno y contribuir a la segunda residencia de aquellos privilegiados hosteleros que hayan accedido a ella. No es su única aportación gloriosa y digna de premio: acudiendo día tras día, así en el frío invernal o en las nevadas noches, así cuando llueve a cántaros o abruma el sofocante calor, esta ben-

EPÍLOGO

EL 12 DE MAYO del 2020 recorrí el centro de Logroño, recién recuperadas sus calles para la primera fase de la nueva normalidad que se anunciaba. Lucía un sol ameno y en las contadas terrazas se reunían los vecinos para solazarse un rato, luego de tantos y tantos días con sus respectivas noches de confinamiento más o menos absoluto. No me gustó lo que vi. Incluso en aquellos locales que observaban con mayor esmero los requisitos de distancia física entre sus clientes que ayudaban a ahuyentar para siempre el coronavirus no faltaba en ningún caso esa mesa donde se arracimaban los parroquianos bien apelotonados entre sí, ignorando todo requisito de higiene, con la mirada complaciente de cada dueño de cada bar. Me llamó la atención que nadie les llamara la atención.

La pena fue creciendo a medida que paseaba en dirección a la calle Laurel y alledaños, puesto que comprobaba para mi espanto que en realidad esos bares abiertos, donde se incumplía la normativa de manera flagrante, eran una escasa minoría. La mayor parte de los locales de confianza permanecían cerrados. Horror máximo cuando alcancé la calle Gallarza, en medio de un vacío cósmico. Sideral. Allá al fondo, en la calle Bretón, se veía abierta la solitaria terraza de un bar. En el acceso a la calle Laurel, desolación infinita. No había señales de vida, salvadas sean dos muchachas que concluida la limpieza de su bar se fumaban un cigarrillo en una mesa. Otra excepción aguardaba al final de la caminata, cuando regresé sobre mis pasos y tropecé en Albornoz, dirección San Agustín, con dos pobres diablos compartiendo una lata de Mahou en el alféizar

del bar Las Quejas. Me miraron, los miré. Nos compadecimos los unos de los otros.

Prosiguió el paseo por la calle San Agustín, detenida en el tiempo. Alguna terraza en la plaza, otras más en Portales, un poco de animación en Martínez Zaporta. Los escasos parroquianos que se acomodaban en los raros veladores que sí habían abierto me recordaban a los pacientes de un balneario. Personajes de *La montaña mágica*, héroes de Thomas Mann, solo les faltaba una manta en las rodillas para terminar de dar el tipo. La alegría propia de este gran pasatiempo nacional (ir de bares) continuaba ausente. Camino de la calle San Juan observé al fondo la terraza del Asterisco también desplegada en Portales como era norma antes de la cuarentena. Una luz mortecina iluminaba en Marqués de Vallejo el bar La Quimera, recuperado para la causa en su versión menor: llévese usted la comida a casa. En San Juan, otro tanto. Apenas un solitario bar que esperaba a ese parroquiano que no terminaba de llegar para hacerse con el bocadillo y zampárselo luego en el salón de su casa, arreglos en el Tastavín, que se preparaba para una nueva encarnación, y al fondo el esqueleto del Sagasta asomando por la Glorieta. Una metáfora insuperable del doliente estado que presentaba el corazón de Logroño.

Volví a salir unos días después. Nada había mejorado. Tampoco mi ánimo. Y concluí que *Logroño en sus bares*, el blog que abría en el año 2012 con una entrada a mayor gloria del difunto Pachuca, tenía las horas contadas, en justa correspondencia con el lánguido ambiente detectado en los bares logroñeses. Esa idea de un itinerario sentimental, a partir de una serie de experiencias que pudieran ser compartidas por el improbable (pero siempre generoso) lector, había quedado cancelada igual que se había suspendido la administración del material del que se nutría. Los bares. Sin ellos, o sin nuestros queridos bares en la antigua fisonomía y genuina identidad en que los reconocemos como tales, carecía de sentido mantener vivo este espacio. Al menos, en su